

HÉROE EN DEPORTIVAS

MARÍA MENÉNDEZ-PONTE



Primera edición: agosto de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Marta Mesa
Cubierta: Eduardo Nacarino
Viñetas: Álvaro Viñal Menéndez-Ponte

© del texto: María Menéndez Ponte, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9182-8

Depósito legal: M-21665-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Llevábamos ya dos semanas de curso y Jorge seguía en Cuba. Yo estaba convencido de que se quedaría allí. Trataba de ponerme en su piel e imaginar qué habría hecho en su caso. Ocho años sin ver a tu padre son muchos años, tío, la mitad de nuestra vida. Y en él está parte de tu ADN, el afecto que te ha faltado, los cientos de preguntas que te has hecho, el modelo masculino que no has tenido, las lágrimas vertidas por saberte abandonado... Un hueco enorme para poder rellenarlo en pocos días. Por no hablar del shock que supone encontrarte con unos hermanos que tienen tu misma sangre, que te miran con extrañeza al principio y después con admiración: por ser mayor que ellos, por venir de un país desconocido, por haber aparecido así, de repente, como caído del cielo. Los niños enseguida cogen confianza, no necesitan tiempo para acostumbrarse a lo nuevo, y lo buscarán para que juegue con ellos, para que les cuente cosas de su vida al otro lado del océano; se sentirán orgullosos de ese hermano aventurero que habla diferente, y tratarán de imitarlo. Seguro que presumen de él ante sus amigos mientras lo observan de reojo buscando algún parecido con ellos. Sí, de pronto Jorge se ha visto inmerso en la familia que siempre ha añorado tener, en un país con sol y playas de arena blanca y agua de color turquesa, un espejismo que te aleja de los problemas. Allí no existe Sara, su ex, que antes fue mi ex y que ahora vuelve a ser mi novia. Y no existo yo, el amigo que le ha traicionado por haber vuelto con ella. Y no existen los nazis que se la tienen jurada por haberlos delatado y que van a ser juzgados además por dos asesinatos, aunque eso él aún no lo sabe. Todos los problemas se han diluido en ese mar cálido y transparente. Pero la que no se puede diluir es su madre, tío, que se ha quedado en Madrid, su otra mitad de ADN, los ocho años de afecto que le ha dado por duplicado, sus cuidados, sus desvelos cuando estaba

enfermo o cuando tenía problemas, la cantidad de carros de alimentos que ha llenado para él, los *sauerkraut*, *strudel* de manzana y pastas de Navidad que ha cocinado para él, la de ropa que le ha planchado, el esfuerzo descomunal que ha hecho para que tuviera una buena educación... A ella no puede borrarla de un plumazo, tío. Bueno, a no ser que su padre la haya predispuesto en su contra. Y ni siquiera en ese caso: Jorge no es tonto, no se tragaría una jugada tan sucia, una maniobra tan torpe y artera. Al contrario, se rebelaría contra semejante injusticia; no hace falta una gran inteligencia emocional para darse cuenta de una jugarreta tan obvia. O sí. La mente es muy farsante, y tiende a creer aquello que más le conviene. Sobre todo, en el caso de un chaval que está roto por dentro, que no puede ver las cosas con claridad porque está hecho un lío, que se siente abandonado por su novia y traicionado por su mejor amigo. Lo imagino dentro de un laberinto de espejos que no reflejan su imagen, sino la mía. Una imagen distorsionada, monstruosa, que se ríe de él. Aunque tengo la esperanza de que en algún momento se tope con la auténtica, la del amigo que no lo dejó en la estacada por haber pertenecido a un grupo nazi, a pesar de que casi me envían al otro mundo de la puñalada que me dieron; el amigo que se preocupaba constantemente por él, que le pidió a Sara que no lo plantara hasta no haber acabado los exámenes, que renunció a ella por amistad (fue Cupido quien se empeñó en juntarnos de nuevo, lo siento, tío, no hay fuerza humana capaz de resistirse a sus flechas, tú deberías saberlo); el amigo que se comió todo el marrón del grupo nazi durante el verano, el que va a tener que declarar solo en el juicio que se celebrará la próxima semana. No sé si su madre se lo habrá dicho o habrá preferido que permanezca allí hasta que pase para que no corra ningún riesgo. Me gustaría olvidarme de él, como tantas veces me repite Sara: «Olvidate ya de una vez, no le des más vueltas, es su decisión». Pero no soy capaz, macho. El taladro que tengo por cerebro sigue empeñado en horadar esa zona donde permanece intacto su recuerdo. Para ella es más fácil, por la decepción que se llevó con él. Sin embargo, yo no me puedo quitar de la cabeza que soy el causante de su marcha a Cuba por haber vuelto con ella. Estoy seguro de que sin ese empujón que yo le di no se habría ido. Quiero pensar que le he hecho un favor, que necesitaba ese impulso para poder hacer lo que siempre había deseado: confrontar a su padre.

Pero, francamente, habría preferido que tomara voluntariamente esa decisión, sin necesidad de mi ayuda. Alguien desde fuera podría decirme: «Mejor para ti si no vuelve, así te quitas un problema y puedes disfrutar de tu amor libremente, sin trabas ni remordimientos». Ojos que no ven, corazón que no siente... Pero yo estoy demasiado implicado en la vida de Jorge. Hemos vivido juntos situaciones muy difíciles, muy intensas, muy estresantes. Hemos compartido problemas, confidencias, secretos, novia... Y eso no se olvida tan fácilmente. Como tampoco puedo olvidar que fue él quien logró que yo creyera en mí, que recuperara la autoestima que tenía tan dañada.

Mi memoria se empeña en regresar al momento donde comenzó nuestra amistad, a ese trabajo sobre los árabes que tuvimos que hacer juntos gracias al Sátrapa. ¡Cuánto lo odiaba entonces! Era mi rival, mi peor enemigo, no lo podía ver ni en pintura, y curiosamente, al cabo de unos días, nos convertimos en los mejores amigos. La vida está llena de paradojas, de contradicciones, de helados nata-fresa...

Aterricé de nuevo en clase, de donde me había ausentado unos minutos a causa de la urticaria que me producía el profe de mates. Era un tipo competente, que explicaba muy bien su asignatura, pero no soportaba ver cómo las chicas tonteaban descaradamente con él y él les seguía el juego. Era un guaperas de rollo bohemio que desde el primer día se las había metido a todas en el bote. Me alegré de que este año Sara no estuviera en mi clase. Solo por esto, claro. Por lo demás, la echaba de menos un huevo. Me faltaba su melena dorada con olor a limón, su mirada concentrada que parecía beberse las explicaciones, su sonrisa cómplice, su resolución, la energía positiva que desprendía... Pero ella hacía el bachillerato de Ciencias y yo el de Sociales. Todavía me sentía algo perdido en la clase que me había tocado, sin Dani, sin Belén, sin el resto de compañeros con los que había compartido el curso anterior... Estaba sentado al lado de Virginia, una de las mejores amigas de Sara. Fue ella quien se instaló en mi mesa en cuanto me vio. Vino disparada y lo primero que me soltó fue: «A ver qué haces, ¿eh?, que te voy a tener vigilado». Ya ves tú, como si lo necesitara. Yo solo tengo ojos para Sara. No como este pintas con rollo de profe-guaydel-Paraguay que se ve de lejos que le gusta el tonto más que a un niño un caramelo. Y las muy memas babea con él. Tenías que ver

a mi compañera en este momento, chaval: estaba casi en trance, totalmente embelesada.

–Quieres un pañuelo? –le susurré.

–¿Para qué iba a querer un pañuelo? No estoy acatarrada –me miró con extrañeza, como si estuviera loco.

–Para recogerte la baba, que te está cayendo a chorros.

Antes de que ella pudiera replicar nada, el guaperas se dirigió a mí:

–Andrés, si tienes alguna duda, puedes exponerla en alto.

Cómo me hubiera gustado tener el descaro de Dani en ese momento para provocarlo, chaval, pero tampoco me convenía. En bastante desventaja estaba ya por el mero hecho de no ser una de sus «admiradoras», como para encima ganármelo de enemigo. Las mates no eran mi fuerte y prefería caerle bien.

–No... nada... Le he pedido un... clínex... Estoy... ejem... un poco acatarrado –baluceé torpemente.

Virginia me dio una patadita por debajo de la mesa.

–¿Alguien puede darle uno? –preguntó.

Un montón de manos femeninas se alzaron en el aire agitando clínex, como fans que jalean a su cantante favorito en un concierto. Él se fue directo a la mesa de Ainhoa, la más guapa de la clase, ¡qué casualidad!, y se lo cogió de la mano no sin antes dedicarle una embaucadora sonrisa, que ella le devolvió totalmente encandilada. Le caía una baba de diez metros. Tentado estuve de decirle que mejor se guardara el clínex para ella, que lo iba a necesitar más que yo.

Cuando me lo dio, hice el paripé de sonarme con fuerza los mocos que no tenía y fingir un par de toses.

–Esperemos que no sea el Ébola –comentó haciéndose el chistoso.

Y prosiguió con la clase. Uf. Menudo curso me esperaba.